

Fábulas constructivas: Fílipa la Potranca

Acerca del cumplimiento de un deseo

—Señor Verdadero, ¿cómo la acorralamos?

Filipa, una hermosa potranca blanca de dorada melena, escuchó que el ayudante de la caballeriza le hacía la pregunta a un hombre alto de barba oscura, de poco más de treinta años, llamado Señor Fiel Verdadero, el jinete de Filipa.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? —preguntó.

—Bueno, ¿no se ha fijado? Filipa arremete contra la cerca y se para y sacude las patas, sobre todo cuando nosotros nos acercamos. Da mucho miedo.

—Entonces, hazte cargo.

—Señor, eso es más fácil decirlo que hacerlo. Tiene mal genio incluso cuando de noche tratamos de llevarla de vuelta a la caballeriza, cepillarla y todo eso. Por favor, haga que se someta.

—Yo no tengo ningún inconveniente con ella —dijo Fiel—. *Conmigo* es muy sumisa.

—Exactamente, señor. Usted es el único jinete que ella permite que la monte. Lo que quise decir es que haga que se someta a nosotros. Sencillamente, a nosotros no nos respeta.

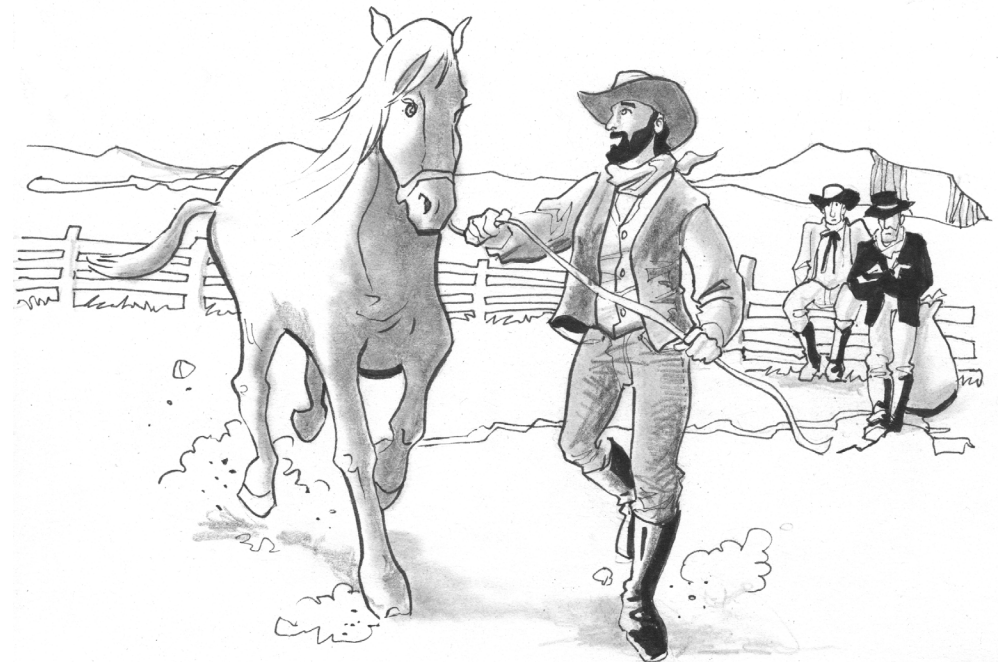
—Lamento tener que decir esto —dijo Fiel en voz baja mientras se iba—, pero el respeto se debe ganar.

¡Ay, qué descontenta estaba Filipa! Observó su entorno y pateó el suelo polvoriento. En su opinión, la cerca era demasiado baja y estar encerrada en una caballeriza era peor todavía.

Uno de estos días me escapo a la primera abertura que vea en el corral. Me pondré a correr por el campo y algún día escalaré eso, pensó, contemplando con añoranza una sierra nevada que había a lo lejos.

—¿Qué tal tu día, Filipa?

Su oscurecido semblante se iluminó ante el sonido de la voz de su amado jinete, pero apartó su cabeza de él, avergonzada. Sin embargo, no pudo hacer lo mismo con sus pensamientos. Fiel acarició su nariz.



—Bueno, ten paciencia —le dijo, como si hubiese leído sus pensamientos (lo cual hizo)—. Estamos trabajando en ese corral nuevo más grande en el que podrás galopar de extremo a extremo. Estoy seguro de que vas a estar contenta ahí.

Filipa resopló. *Sí, claro, ya he oído eso antes, pensó. Aunque agrande el corral igual voy a estar encerrada.*

Al menos las caricias que le hacía en su melena la tranquilizaban. Luego le pasó nuevamente la mano por la nariz, oró por ella y se fue.

—Estás *aburrida*, ¿no?

Con gran dificultad los ayudantes de la caballeriza la metieron en la cuadra ya para dormir. A Filipa se le cerraban los párpados, pero reconoció el tono de voz malicioso de un zorro que con frecuencia merodeaba por el corral de las gallinas. Ocasionalmente habían sostenido una que otra amena conversación a través del cerco del corral.

—Este... *un poco* —dijo Filipa—. Lo que pasa es que necesito más espacio.

—¿Y que no te controlen tanto?

—Bueno, no es exactamente agradable estar encerrada y tener que... pero...

—Escucha, yo puedo hacer algunos arreglos para que te beneficies de más espacio y hasta puedas llegar a las montañas. Me refiero a una *fuga*.

A Filipa no le gustaba ni confiaba en el zorro, pero su ofrecimiento era tentador.

—¿Y se puede saber cómo lo piensas hacer?

—Voy a organizar una fuga nocturna.

—¿Qué?

—Mañana por la noche, cuando los ayudantes de Verdadero te traigan aquí, los voy a distraer entrando al corral de las gallinas y tú sales disparada.

—Pero eso le rompería el corazón a mi amo.

—Bah, lo superará. Mira, el Señor Fiel Verdadero tiene toda una *manada* de caballos. No creas que eres *tan* especial.

—Puede ser... pero él es especial para mí —dijo Filipa—. Y ha prometido construir un corral mucho más grande, uno con espacio para galopar.

El zorro se rió por lo bajo y dijo:

—Pero, ¿lo ha hecho?

—Este... supongo que no. Pero...

—Nada de peros. ¿Ves? Está hablando de castillos en el aire. Acuérdate de mí, no lo va a hacer. Y hablando de espacio, ¿qué es una mísera hectárea de terreno comparada con la inmensa pradera?

—Es cierto, pero él me saca a cabalgar.

—Pero no muy seguido, ¿verdad?

Si bien el zorro voceaba algunas de las cosas que ella misma sentía, a Filipa le incomodaba mucho tener que coincidir con él. No obstante, asintió con la cabeza a regañadientes.

—Piensa, Filipa, ya no te van a espolear más los costados ni te van a golpear las ancas para ponerte en marcha cuando no tienes ganas. ¡Ni te van a jalar las riendas del freno para hacerte detener cuando lo que tú quieres es *volar*!

—Bueno, está bien, señor Zorro. Pero, ¿qué ganas tú con esto?

—Nada, por supuesto. Solo quiero verte *feliz*. En todo caso, piénsalo.

Dicho eso, el zorro salió sigilosamente de la caballeriza.

¡Filipa estaba súper emocionada! Tras aceptar el ofrecimiento del zorro y escapar, había estado disfrutando durante horas de su flamante liberación cuando, tras oír el retumbar de cascos de caballo a lo lejos, se dio la vuelta para divisar el horizonte. Con una inexplicable mezcla de emociones encontradas de júbilo y aprensión vio acercarse a su amado jinete y supuso que la había seguido para llevarla de vuelta al rancho. Sin embargo, al acercarse notó que no llevaba boleadoras y ni siquiera un lazo.

Filipa no sabía si salir disparada o avanzar lentamente. Como no deseaba decepcionar a Fiel, no hizo ninguna de las dos cosas y se quedó quieta. Él se acercó y le acarició la nariz.

—Eres consciente de que pude haber traído a dos de mis ayudantes y haberte enlazado fácilmente.

Filipa lo sabía y algo avergonzada bajó la cabeza en reconocimiento de ello.

—Pero quiero que disfrutes de tu nueva libertad.

¿Entonces no quiere que vuelva con él? Debe ser que no le importo mucho. Fiel sonrió.

—Filipa, tú sabes que eso no es verdad. Me importas más de lo que te imaginas. Pero en estos momentos regresar no sería lo mejor para ti, porque si esto es lo que deseas, debo dejarte ir. Permito que la vida silvestre te enseñe a probar y a confiar en tu instinto natural de caballo.

Fiel continuó hablando como si supiera que Filipa entendía. Y así era.

—Incluyendo ese sentido innato del espacio y el anhelo de una libertad sin restricciones.

Espacio, pensó Filipa. *Eso es lo que siempre he querido... pero, ¿sin restricciones? ¿Sin ningún límite? ¿Es eso lo que yo realmente quiero?*

—No, en lo profundo de tu ser no quieres eso —dijo Fiel—, pero no te preocupes. He establecido límites que desde aquí no puedes ver, sin embargo, tu instinto de caballo te avisará cuando estés a punto de traspasarlos.

—Y, lo que es más importante aún, solo quisiera que estés conmigo en el rancho por tu propia voluntad.

Tras darle a Filipa algunos últimos consejos y palabras tranquilizadoras, su amado jinete oró por ella y le dijo adiós.

No... no necesito límites, pensó luego de algunos minutos de reflexión, y dejó que su temeridad la adentrara en la lejanía, hacia donde galopó a toda velocidad durante algunas horas en feliz despreocupación hasta que empezó a atardecer en el vasto y desolado terreno y comenzó a sentir cansancio.

¡Y, ay, qué hambre tenía! Obedeció su instinto de caballo sobre qué evitar y cuando el más suave aroma de una planta potencialmente venenosa la repelía, Filipa comía de duros y escasos pastos secos que eran más seguros. Pero al hacerlo pensó en el agua, en los abundantes fardos de heno y bolsas de avena que le daban con regularidad en la caballeriza. Hasta pensó en las sales minerales que ella lamía con ganas luego de una tarde de cabalgar con Fiel a toda velocidad.

Aunque el querido y amable Fiel Verdadero nunca le exigía demasiado, y Filipa reflexionó con remordimiento por las veces en que quiso sacárselo de encima como había hecho con los otros jinetes. Ahora comprendía que esos

impulsos estaban tratando de que ella fuera en contra del mismísimo instinto de caballo del que le había hablado Fiel.

¡Qué sola se sintió Filipa! Ahora estaba por su cuenta solo con eso: su instinto de caballo. Pero, ¿podía confiar en eso? No estaba segura y, mientras pensaba en esa pregunta, cayó en un sueño irregular y temeroso, roto por los aullidos de coyotes en la distancia.

A la mañana siguiente se despertó con el sol que le daba calurosamente en la espalda. En la pradera había muy poca o nada de sombra y el día prometía ser abrasador, pese a ello Filipa estaba decidida a sacar ventaja y correr y galopar a voluntad. Y eso hizo durante un par de horas que se redujo a un trote exhausto.

Agua, pensó, jadeando. *Debo conseguir agua. Pero, ¿me ayudará a encontrarla mi instinto de caballo?*

Se puso a olfatear el aire y luego a dar patadas en el suelo, y se detuvo.

Aquí no hay agua, no hay un arroyo subterráneo, concluyó.

¿Cómo lo sabía? Aquello la asombró y se sintió un poco más complacida consigo misma. Galopó un poco más allá y nuevamente tocó el suelo con la pata.

Aquí tampoco hay agua, pensó. Esta vez no se sintió tan bien consigo misma, sino más bien impaciente.

Al ver unas matas, Filipa se acercó y tocó el suelo con las patas. ¡Sí!

De pronto escuchó un estruendo y vio una nube de polvo que se levantaba a lo lejos. Al acercarse, vio como a quince caballos sin monturas, arneses, riendas ni jinetes. Dando vueltas en el corral allá en el rancho, ocasionalmente había visto ese tipo de manadas que pasaban en el horizonte.

¡Y qué ganas tenía Filipa de unirse a ellos! Ahora su deseo se podía hacer realidad al acercarse el grupo a ella y el semental jefe la vio. Galopó a medio paso y se detuvo delante de ella y relinchó.

Se ve *majestuoso*, pensó Filipa. El resto de la manada presintió las inclinaciones de su líder y se detuvo detrás de él, resoplando y jadeando, y tocando el suelo con las patas como había hecho él.

—Has encontrado agua —le dijo el jefe.

—Eso creo.

—Entonces vamos a golpear el suelo con nuestros cascos hasta sacarla.

Eso hicieron, y la manada vagabunda tomó con agradecimiento una buena cantidad de agua del rebosante arroyo subterráneo. Habiendo hecho lo mismo él, el semental jefe trotó en dirección de Filipa muy seguro de sí.

—Gracias. Permíteme presentarme. Me llamo Bayo. ¿Y tú te llamas...?

—Filipa.

—¿Por qué?

—¿Por qué, *qué*?

—¿Por qué te pusiste ese nombre?

—Yo no me puse ese nombre.

—¿No? Por la ley de la pradera normalmente nosotros mismos nos ponemos nombre.

—¿Ah, sí? Cuando las yeguas paren, ¿acaso los padres o alguien no le ponen nombre al potrillo o potranca?

—No. Apenas nos destetamos, nosotros mismos nos ponemos nombre de acuerdo a qué o a cómo queremos ser.

—Interesante —dijo Filipa.

—Hmm... —dijo Bayo, deteniéndose para comer un poco de maleza—. Entonces, ¿quién te puso nombre?

—Mi jinete.

—¿Tu *jinete*? ¿Un humano?

Filipa asintió con la cabeza.

—Un ser humano *maravilloso*.

—¡Vaya! ¡«Un ser humano maravilloso»! ¿Existe tal cosa?

—Así es —contestó Filipa, y los ojos se le llenaron de nostalgia—. Y en su rancho cuidó maravillosamente bien de mí.

—¿Así que eres una *reina del rancho*?

—¿Una reina del rancho?

—Claro. Criada, mimada y acariciada por humanos. Nada difícil.

—Yo no diría eso —dijo Filipa—. La disciplina era firme y las instalaciones eran un poco restrictivas, tal vez, pero ahora, luego de toda la formación que me dio mi amo, me ha dejado para que confíe en mi instinto de caballo.

—¿Instinto de caballo? ¿Qué es eso?

Filipa miró a Bayo atónita.

—Obviamente es algo con lo que nacemos los caballos.

—Te refieres a ¿sentido... este... impulso?

—En cierta forma. Pero creo que tiene un significado más profundo que eso. Creo que algunos de nosotros, los caballos, necesitamos freno para entrenarnos para algo más. Incluso en manos humanas.

—Ah —exclamó Bayo—, una opinión así es altamente *este... subjetiva*.

—¿*Subjetiva*? ¿A qué?

Bayo resopló.

—Este... no estoy seguro. Dime, Filipa, ¿qué nombre te habrías puesto si hubieras tenido la libertad de hacerlo?

—Realmente no lo sé. En realidad, me gusta mi nombre. Significa *amor por los caballos*. Después de todo se supone que debemos amar a nuestros semejantes.

Bayo volvió a resoplar.

—Acá afuera, nuestros nombres no tienen que tener necesariamente significado alguno.

—¡Ey! —Exclamó de pronto a sus seguidores luego de galopar unos metros—. Fíjense en el oeste, entre los desfiladeros: ¡Pastos suculentos!

—¿Qué esperamos? ¡Vámonos! —fue la respuesta que vino detrás de él.

Filipa olfateó el aire.

—Esperen —dijo—. Huelo algo *malo*.

—¿Qué quieres decir?

—Huelo *peligro*... a *humanos*, algunos con malas intenciones.

Su comentario fue recibido con resoplidos y risitas burlonas.

—¡Encontré agua! ¿No fue suficiente para validar mi honradez? —dijo Filipa a la manada, y procedió a explicar que ella, habiendo estado en contacto con humanos (lo cual ellos no habían experimentado), había desarrollado un agudo sentido de la forma de ser de ellos. Sin embargo, los caballos salvajes menospreciaron sus palabras.

—Entonces no iré con ustedes —dijo Filipa, y dejando que los impacientes corceles prosiguieran con su incursión a la exuberante pero distante vegetación, siguió su camino lentamente en dirección a la distante sierra. Pero a la media hora se detuvo ante el sonido de un fuerte galopar, el cual gradualmente se convirtió en el trote cansino de una exhausta potranca blanca que venía hacia ella.

—Tenías razón, Filipa —dijo jadeando—. Los capturaron a todos.

—¿Quién capturó a *quién*?

—Una docena de hombres a caballo con lazos y boleadoras. Los capturaron a todos, excepto a mí, porque yo creí lo que nos dijiste y por eso me retrasé. Vi cómo sucedió todo detrás de un peñasco en el desfiladero. Mis amigos no tuvieron oportunidad alguna de escapar ya que casi ni se podían mover y estaban a punto de reventar debido al festín desenfrenado que se dieron con aquel frondoso pastizal.

—Lo siento mucho... ¿este...?

—Cielo, me llamo Cielo.

—Qué nombre más bonito —dijo Filipa.

—Sí, gracias.

—Pero yo pensé que los caballos salvajes no elegían nombres con un significado así.

—Es triste, pero cierto, pero yo lo hice, a pesar de las burlas del resto de la manada. Se reían de mí diciendo que yo quería ser una *reina del rancho*.

—Esa soy yo —dijo Filipa, conteniendo un relincho de risa.

—Ya me di cuenta. Pero ya no lo eres. ¿Por qué?

—Ya no estoy segura —contestó Filipa, mientras avanzaban juntas.

—A mí me encantaría ser una reina del rancho —dijo Cielo—. Suena glorioso.

Filipa bajó la cabeza.

—No es fácil. Hay muchas... este... *algunas* limitaciones.

—¿Cómo cuáles?

—¿Te interesa averiguarlo?

—Después de conocerte y ver y experimentar tu asombroso sentido de caballo, claro que sí.

—Está bien —dijo Filipa, y acordándose lo mejor posible, le dio a Cielo instrucciones generales de cómo llegar al rancho de Fiel Verdadero.

—¿Y qué debo hacer cuando llegue?

—Confía en él —dijo Filipa—. A lo mejor te recibirá como

reemplazo de... ah... nada.

—Lo extrañas, ¿verdad?

—Sí, muchísimo. Pero siento que debo —Filipa alzó la vista a la lejana sierra y dijo entre dientes algo acerca de su destino.

—¿Tu destino? ¿Ese montón de rocas? Déjame decirte, eso es todo lo que hay.

Sorprendida, Filipa miró a Cielo directamente a los ojos, pero no dijo nada. La pregunta que le había hecho desató una confusión en su mente.

—Cielo, será mejor que te pongas en camino —le susurró al cabo de un rato—, si quieres llegar al rancho antes que caiga la noche.

Y así las dos potrancas se despidieron con un hasta luego.

—Eso espero —dijo Filipa con un poco de incertidumbre.

Al cabo de un rato cayó la noche y para entonces Filipa tenía mucha hambre. En ese momento llegó hasta una exuberante planta de estramonio, la cual parecía muy apetitosa. Tal vez debido a lo cansada que estaba hizo a un lado su instinto de caballo, el cual trataba sin éxito de llamarle la atención y, a pesar de su aspereza desagradable, se comió una buena cantidad de la planta venenosa.

¡Qué mal se sintió la pobre Filipa! En la pradera abierta las noches se ponen frías y Filipa yacía a la luz de la luna sudando y con escalofríos. Recordó con remordimiento su cálida caballeriza, la comodidad del heno y hasta el relajante cepillado nocturno que le daba el viejo y malhumorado señor McGuire.

Pobre señor McGuire. Al comienzo él había sido muy amable con ella y le hablaba con voz suave, a veces le cantaba una antigua y lastimera balada irlandesa sobre los caballos de Kildare. Pero luego dejó hasta de hablar con ella y solo la cepillaba con mucho resentimiento solo porque era su deber.

A Filipa se le aguaron los ojos al recordar el motivo. Un día, hace unos seis meses, el señor McGuire trató de montarla pero ella se resistió y lo hizo caer, lo cual hizo que sufriera una rotura grave en la pierna, tanto fue así que ya no pudo volver a montar a caballo.

Oh, amado jinete, pensó Filipa mientras se quedaba dormida. Por favor, pídale al señor McGuire que me perdone. Lo siento... lo siento.

Sus párpados empezaron a pesarle como si se estuviera quedando dormida, pero no estaba dormida; de hecho, se sintió más alerta que nunca del medio que la rodeaba, junto con la presencia de otra dimensión en la que una multitud de caballos blancos celestiales la rodeó.

Uno de ellos, un majestuoso semental, salió de entre ellos, trotó hacia ella y le habló:

—Filipa, ¿quieres volver a casa?

—Sí —respondió débilmente—. Por supuesto que sí. Pero, ¿voy con ustedes?

—No, no ha llegado el momento de que te unas a nosotros, pero lo harás a su debido tiempo. Todavía tienes que pasar

por una temporada de formación en casa. Y será de gozo si lo aceptas con agradecimiento.

—¿Con mi amado jinete?

—Por supuesto, y con los demás, sus amigos a quienes ha confiado tu cuidado. Esos a los que has tratado no muy amablemente.

—Lo sé y estoy muy arrepentida. Como desearía tener otra oportunidad.

—La tienes. Tu amado amo está a la espera de tu regreso. Él desde muy lejos sentirá que te acercas.



—Pero, ¿para qué recibiré formación?

—Para que te unas a *nosotros* más adelante, somos la más grandiosa caballería en todos los cielos, de la cual yo y mis compañeros somos solo un pequeño contingente, y para luchar y ganar la mayor batalla de todos los tiempos.

—¿La mayor batalla de todos los tiempos? ¿Cuál es esa?

—A su debido tiempo lo sabrás.

Dicho eso, el majestuoso corcel y su comitiva desaparecieron, dejando a Filipa echada y contemplando las estrellas con un corazón agradecido. En ese momento se quedó dormida.

A la mañana siguiente se despertó empapada de sudor, pues le había dado fiebre. Se sintió decidida y renovada con el propósito de volver al rancho. El trayecto fue duro. Los fuertes vientos hicieron que la dirección de diversos olores resultaran difíciles de discernir y se perdió unas cuantas veces. Se preguntaba si lograría llegar a casa.

Pese a ello, Filipa persistió en su andar y al caer la tarde, tal como había dicho el semental blanco, vio a su amado jinete en el horizonte. Su corazón dio un vuelco y avanzó velozmente hacia él, y Fiel al verla espoleó los costados de su caballo y se dirigió a toda prisa hacia ella.

Y, ¿adivinen en qué caballo iba? Sí, Cielo, la amiga potranca de Filipa y, ay, qué alegría sintieron al verse las dos nuevamente.

—¿Y estás feliz en el rancho? —le preguntó Filipa.

—Muchísimo, gracias a ti. El señor Fiel me enseñó increíblemente rápido, pero aún me falta aprender mucho, ¡sobre todo de ti!

—Ah, pero soy yo la que tengo mucho que aprender de ti

—respondió Filipa.

Y, por supuesto, no sabía qué hacer para expresar el gozo que sentía de estar nuevamente con su amado jinete, excepto agachar dócilmente la cabeza y cerrar sus ojos en contentamiento mientras Fiel le acariciaba la nariz.

—Supongo que no te importará si te cabalgo de regreso a casa —le dijo.

Me encantaría, pensó Filipa, y Fiel le sacó el arnés a Cielo y se lo puso a Filipa.

—Y el nuevo corral ya está terminado —añadió.

Qué feliz se sintió Filipa mientras los tres cabalgaban en dirección a la puesta del sol.

